

EL CLUB DE
MARY SHELLEY

PRÓLOGO

Rachel estaba sentada en su escritorio como si fuera un *pretzel*, con los tobillos encajados debajo de las piernas y las rodillas en alto presionadas contra el duro borde de la madera. Miraba fijamente la Wiki de Nellie Bly, la figura histórica sobre la que supuestamente debía estar escribiendo un trabajo, pero todas las palabras hacían que se le nublara la vista. No es que no le interesara Nellie Bly, Rachel podía respaldar a cualquier periodista impresionante de nombre molón, es que simplemente había demasiadas distracciones alrededor.

En Spotify tronaba el último single de Taylor y daba igual cuántas veces dejaba el móvil a un lado, decidida a empezar a leer sobre Nellie, que este volvía a chirriar con un nuevo mensaje de Amy y Rachel tenía que cogerlo. Como ahora.

«Me pregunto qué estará haciendo ahora mismo. Deberíamos ir a su casa y ESPIAR».

«No voy a acecharlo», escribió Rachel como respuesta y esta vez dejó el móvil de verdad.

Pero incluso cuando leía la verdaderamente interesante biografía de Nellie, la mente de Rachel continuaba divagando.

No iba a espiarlo, pero... ¿qué *estaría haciendo* ahora mismo? ¿Estaría por ahí con sus amigos? ¿O jugando a algún videojuego? ¿O haciendo sus deberes de forma concienzuda como debería estar haciendo ella? Sea lo que fuera lo que estuviese haciendo, Rachel estaba segura de que definitivamente no estaría pensando en ella, él apenas sabía que ella existía. Bueno, excepto por el hecho de que tuvieron lo que se dice una conversación legítima esta mañana. No duró más de tres minutos, pero fue real. Y hubo sonrisas. Sonriseo mutuo es lo que hubo.

Rachel volvió a sonreír con solo pensar en ello. Y aunque estaba sola, enterró su cara sonrojada y bobalicona entre las manos.

Una serie de nuevos mensajes comenzaron a pitar frenéticamente en su teléfono y Rachel tuvo que cogerlo, Nellie Bly pasó completamente al olvido.

«Te gusta!!», escribió Amy.

«Lo quieres!!!».

«Quieres tener sus BABIES!!!!!!».

Rachel gruñó y lanzó el móvil sobre la cama y después lo empujó bajo la almohada. No quería tener sus *babies* y de verdad que no debería haberle hablado nunca a Amy de su cuelgue por él. De vuelta a Nellie. Rachel se sentó erguida, se recoló el portátil, como si el truco fuera encontrar el ángulo de pantalla adecuado.

Mientras Rachel hacía un esfuerzo aún mayor para ignorar su teléfono, vio alguien fuera. Su escritorio estaba colocado contra la ventana y quedaba a la misma altura de forma que podía ver el jardín delantero. No era raro ver gente paseando, pero eran más de las nueve en un barrio residencial: nadie salía de casa pasadas las nueve.

Sin embargo, no fue eso lo que hizo que Rachel se quedara quieta, era la persona que se había parado delante de su casa,

inmóvil como una estatua. Llevaba pantalones oscuros y una parka negra y, aunque no podía ver su cara muy bien, le parecía extrañamente pálido.

A Rachel se le puso la piel de gallina a lo largo de los brazos, pero no estaba segura de por qué. La parte lógica de su cerebro no dejaba de decirle que solo era una persona en la calle (un vecino, quizá), nada más.

Un tintineo amortiguado sonó debajo de la almohada. Rachel cogió su teléfono para mirar el último mensaje de Amy.

«LOS ACOSADORES NO PUEDEN ELEGIR, CHICAAA».

Al otro lado de ventana, el hombre ya no estaba. Rachel soltó un suspiro de alivio.

A medida que la voz de Taylor iba atenuándose y el teléfono de Rachel por fin dejó de tintinear, decidió volver al trabajo. Pero entonces escuchó otro sonido. Esta vez, no procedía de ningún aparato electrónico, venía de abajo.

Un sonido fuerte y deliberado, como el de unas pisadas.

Pero eso era imposible. Estaba sola en la casa. Una nueva canción amenazaba con empezar a sonar, pero Rachel silenció rápidamente la melodía. Se sentó completamente inmóvil, como un cachorro anticipando la llegada de un extraño a su puerta. Esperó un instante, los oídos en tensión mientras un largo minuto de silencio se alargaba eternamente.

Y entonces un ruido resonó en toda la habitación. Rachel se sobresaltó y casi se cae de la silla al oír el estridente chirrido de un nuevo mensaje de texto. Esta vez, Amy había enviado solamente un GIF de un barbudo Chris Evans explotando en una efusiva risa tonta. Rachel se habría reído también, pero tenía ese persistente desasosiego que le erizaba el vello de la nuca. En realidad, teniendo en cuenta las circunstancias, cuanto más miraba el GIF (un bucle infinito de una explosiva y silenciosa risa), más se asustaba.

Justo cuando Rachel iba a responder al mensaje, escuchó el ruido de nuevo. Esta vez, era más fuerte y estaba segura de que era una pisada. Alguien había pisado ese punto justo entre el sofá y la mesa de centro donde chirriaba la madera.

Rachel respiró profundamente.

—Mamá, ¿eres tú?

Se suponía que su madre había salido con sus amigas por el centro para pasar una noche de chicas. Pero solo había pasado una hora desde que se había ido así que no podía haber regresado ya. A lo mejor había olvidado algo y se había dado la vuelta.

Rachel se aferró a ese pensamiento incluso cuando su corazón empezó a palpar con fuerza. Pero en el fondo de su mente, sabía que habría oído el coche de su madre mientras lo aparcaba en la entrada del garaje, habría oído su juego de llaves sonando escandalosamente mientras las lanzaba sobre la consola de la entrada, habría oído el desorden al sacarse las botas con el otro pie mientras anunciaba que había llegado a casa, como ella siempre hacía.

Rachel dejó el teléfono, se dirigió a la puerta de su habitación y la abrió despacio.

—¿Mamá? —gritó de nuevo.

Cuando no recibió ninguna respuesta, salió de su habitación y se movió sigilosamente por el vestíbulo hacia las escaleras. Sus pies enfundados en los calcetines bajaron con agilidad los escalones alfombrados hasta llegar al salón.

Había alguien allí. Y no era su madre.

El hombre de fuera estaba de pie al otro lado de la estancia, vestido completamente de negro. Incluso llevaba guantes. Cuando Rachel le miró a la cara, comprendió por qué antes le había parecido tan pálido. Lo que ella pensó que era su piel en realidad era una máscara blanca.

Entonces Rachel vio al otro hombre. Estaba de pie junto al televisor, vestido exactamente igual que el primero. Ambos le sostuvieron la mirada, sus caras de goma llenas de cicatrices.

El cerebro hace cosas muy curiosas cuando de repente se encuentra con algo que no puede entender. El primer pensamiento de Rachel (como un *flash*) fue ofrecerles a aquellos hombres un vaso de agua, como le habían enseñado a hacer con todos los invitados. Y entonces, con la misma rapidez, lo comprendió: aquellos hombres no eran invitados.

El primer impulso de Rachel fue gritar pidiendo ayuda, pero todas las palabras que querría soltar se quedaron atascadas en su garganta, congeladas como el resto de su cuerpo. Sentía como si de repente estuviese siendo tragada por arenas movedizas y cualquier movimiento solo la hundiera más y más.

Sucedieron dos cosas muy deprisa y todas al mismo tiempo.

Uno de los hombres se lanzó contra la puerta para salir de la casa, atravesándola con tal velocidad que parecía que el aire le hubiera succionado desde fuera. El segundo hombre se movió también, pero no hacia la puerta: se abalanzó sobre Rachel y justo en ese instante, ella se liberó de su parálisis y echó a correr. Solo pensaba en la puerta trasera, en la cocina, se veía a sí misma abriéndola, saliendo el aire frío del jardín trasero y escapando. En un momento, ya no lo imagina, estaba en la cocina, estaba a punto de alcanzar la puerta, con la punta de los dedos a escasos centímetros del pomo.

Pero entonces la mano del hombre se cerró en torno a su brazo como si fuera un torno. La había atrapado.

1

UN AÑO DESPUÉS

Abrí la puerta y allí estaba Sandra, su sonrisa tan luminosa como su atuendo.

—Vístete, Rachel, nos vamos a una fiesta.

La conocía desde hacía solo tres semanas, pero allí estaba ella, apareciendo en mi apartamento sin avisar como si llevara años haciéndolo.

—Lo siento, no puedo —estaba con el chándal, preparándome para relajarme con mi película favorita de todos los tiempos para ver una y otra vez, *La noche de los muertos vivientes*. Además, odio las fiestas—. Mi madre no quiere que salga entre semana.

Como una aparición en el espejo del baño, mi madre surgió detrás de mí.

—El domingo técnicamente no es una noche entre semana, ¿no, Jamonada?

Jamonada era un apelativo cariñoso que me puso mi abuela porque de bebé era muy rolliza. Intenté devolverlo, pero aparentemente el reembolso no era posible y en cualquier caso a mi madre le encantaba. Venía de la palabra «jamón». No quería decir «esa chica es tan divertida y precoz... ¡es todo un ja-

món!» en el sentido literal de carne de la que se come. Y ahora Saundra lo había escuchado, así que ya está.

—¡Hola, señora Chávez! —dijo Saundra.

—Mañana hay clase —murmuré—, así que sí, definitivamente se considera como noche entre semana.

—Pero no has tenido clase hoy —respondió mi madre—, diría que el jurado no tiene aún un veredicto.

Saundra asintió enérgicamente mientras yo me quedé mirando a mi madre como si no me hubiera criado durante dieciséis años. Al principio, para ser sincera, no terminaba de entender su punto de vista. Y de repente lo pillé: mi madre estaba preocupada por mi patética-soledad-sin-amigos.

—Pero tú querrás que mañana en clase esté descansada y llena de energía, ¿verdad, mamá? —hice eso de apretar los dientes que la gente hace cuando quieren que alguien coja una indirecta.

Mi madre puso esa sonrisa reluciente que pone la gente cuando ignoran las indirectas.

—Has tenido todo el fin de semana para descansar y recargar energías, cariño.

Estábamos en un impás. Yo quería pasar la noche con los muertos vivos y mi madre quería que pasara tiempo con los vivos de verdad. Era hora de sacar la artillería pesada.

—Saundra, dile a mi madre dónde es la fiesta —era arriesgado, ya que sabía que Saundra quería llevarme a Gracie Mansion* a pasar el rato con la alcaldesa y con la gente a la que gobernaba, no era inverosímil del todo, pero había muchas posibilidades de que el sitio elegido para esta fiesta fuera una mierda.

Saundra dudó un instante, pero yo la presioné.

—Adelante, díselo.

* Gracie Mansion es la residencia oficial del alcalde/alcaldesa de la ciudad de Nueva York.

—Una casa abandonada en Williamsburg —dijo Saundra.
Me giré hacia mi madre, reluciente por el triunfo como un trofeo recién pulido.

—*Una casa abandonada en Williamsburg.* ¿Has oído, mamá?

Ahora era ver quién se rendía primero. Mi madre y yo nos sosteníamos la mirada, esperando a ver quién cedería antes.

—¡Divertíos! —dijo mamá.

Mis planes frustrados por mi propia madre. Solo me había puesto dos reglas cuando nos mudamos a Nueva York: 1) mantener altas mis notas y 2) hacer amigos. El hecho de que Saundra apareciese aquí debería haber sido prueba suficiente de que había hecho nuevos amigos. Bueno, una amiga. En cualquier caso, había logrado la tarea imposible de hacer una nueva amiga en un nuevo instituto. Pero para mi madre, una fiesta implicaba más posibles amistades así que eso quería decir que me iban a arrastrar a una fiesta en Williamsburg.

Me cambié de ropa (me negué a quitarme mi camiseta desteñida de dormir a pesar de las protestas de Saundra, pero la aliné un poco con unos Dickies cortados y una chaqueta) y nos fuimos.

—Podríamos caminar —sugerí. Estábamos en Greenpoint, tan solo a un vecindario de distancia, y la temperatura era agradable.

Saundra resopló.

—¿Y qué, que nos asesinen por ahí?

—Esta zona es bastante segura.

Saundra nos despachó a mí y al barrio de Brooklyn con una risa y sacó su teléfono.

—Sí, *claro*.

El Lyft llegó en menos de tres minutos.

Nos sentamos en el asiento de atrás, Saundra compaginaba la docena de selfis que se estaba haciendo con la actualización de sus redes mientras me contaba quién iba a estar en la fiesta.

Esta también parecía ser nuestra rutina a la hora de la comida, cuando ella me contaba todos los cotilleos sobre la gente que todavía apenas reconocía por los pasillos.

Saundra había decidido que seríamos amigas tan pronto como entré en la clase de Historia del señor Inzlo en el instituto Manchester Prep. Cuando me senté, Saundra se inclinó hacia mí para preguntarme si podía prestarle un lápiz (una excusa descarada, lo sabía, porque había divisado uno en el bolsillo frontal de su estuche Herschel color lavanda que tenía abierto).

Al principio, me había preguntado por qué Saundra quería ser mi amiga, pero pronto me di cuenta de que había empezado a hablar conmigo porque no podía soportar la idea de que hubiera alguien en su clase del que no supiera nada de nada. Porque como pronto descubrí, la característica más definitoria de Saundra Clairmont era su ardiente obsesión por saberlo absolutamente todo de absolutamente todas las personas.

Así que ese día le proporcioné algunas migajas sobre mí misma. Antes del Manchester Prep., fui a una escuela pública en Long Island. Vivía allí con mi madre hasta que decidimos que nos mudábamos a la ciudad de Nueva York.

Al contrario que la mayoría de los estudiantes, no era rica ni heredera de un legado ni técnicamente una alumna becada. Me admitieron únicamente porque mi madre era la profesora de Historia de los dos últimos cursos. Así que sí, mi madre tenía un don para conseguir que fuera a sitios a los que yo no quería ir.

Pero ahora, a medida que Saundra y yo nos apresurábamos hacia Williamsburg, yo había pasado de no querer ir a la fiesta a temer ir a la fiesta. La idea de ver a todas esas personas, y que ninguna de ellas fuera a hablar conmigo, hizo que se me cerrara la garganta. Lo peor de todo era saber que tenía que fingir, fingir que era parte de su mundo, que era como ellos. Estaba a punto de decirle a Saundra que no me estaba encontrando muy bien,

pero entonces el Lyft se detuvo en la puerta del sitio. Saundra salió de un salto y yo me arrastré con dificultad tras ella.

Subimos hasta la entrada de la casa abandonada, que parecía salida directa de una peli de terror basada en una leyenda urbana de finales de los ochenta. Todas las ventanas estaban selladas con tablones de madera gastada y llena de grafitis y había muchos carteles pegados en la puerta que, con una letra impresa minúscula, seguramente nos advertía que nos alejáramos de allí. Estaba encajada entre un almacén vacío y un solar con un cartel de SE VENDE colgado en su valla metálica.

Pero había un punto de esperanza. Una chica estaba sentada en el porche, vestida de gótica, toda de negro, su fantasmagórico rostro inclinado sobre un libro. Sus dedos tapaban el título, pero las afiladas aristas del nombre de Stephen King se asomaban en la cubierta. Me gustaban las pelis de Stephen King, a lo mejor podría entablar una conversación con esta chica. Quizá sí iba a ser una fiesta de mi estilo, después de todo.

—¡Hey, Felicity! —dijo Saundra. Felicity levantó la vista del libro, una mirada de odio se asomaba entre su microflequillo. No le devolvió el saludo a Saundra—. Vale, entonces, adiós —Saundra enroscó su brazo en torno al mío y tiró de mí para subir las escaleras—. Solo Felicity Chu trae un libro a una fiesta.

El salón estaba lleno, dos docenas de personas riendo, bromeando y derramándose las bebidas en las manos. El interior de la casa no estaba mucho mejor que el exterior. El papel de las paredes estaba mohoso en las partes donde no se estaba pelando, los suelos eran de un linóleo pegajoso, la única luz que había procedía de unas potentes luces de obra y prácticamente se podía oler el amianto en el aire. Pero a nadie parecía importarle.

No sé qué había esperado exactamente de las fiestas de los niños ricos, pero no era esto. Me pareció casi irónico que hubiesen dejado sus cómodos palacios para vivir grandes emociones en una casa que se estaba cayendo a pedazos.

—Voy a pillar bebida —gritó Saundra por encima de la música.

—Voy contigo —pero cuando me giré, ya había desaparecido, tragada por la multitud. Lo único peor de ir a una fiesta a la que no quieres ir es estar en esa fiesta sola. No iba a merodear por ahí como la boya solitaria en medio de un mar de amigos. Solo podía hacer una cosa: esconderme en el baño.

Subir por las escaleras fue como atravesar un portal. El sonido de las botellas y la horrible música pop se atenuaban, eclipsados por una oscuridad húmeda que se hacía más densa a cada paso. Normalmente, mi ansiedad se disipaba una vez que me alejaba de una multitud y encontraba un rincón tranquilo. Era como respirar dentro de una bolsa de papel, una manera rápida de calmarme a mí misma. Pero esta vez no.

Me quedé de pie en lo alto de la escalera, esperando a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad y fuera capaz de descifrar los bultos oscuros. Encendí mi móvil para tener algo de luz, lo suficiente como para ver que el pasillo tenía las paredes forradas con un papel de flores. Sin embargo, a medida que avanzaba a tientas por el pasillo, los descoloridos pétalos en flor se volvían espe-luznantes, como si fueran las caras arrugadas de una bruja.

Se me cortó la respiración al ver una puerta ligeramente entreabierta. El hueco era tan oscuro que resultaba imposible ver qué había dentro de la habitación y sujetar el móvil en alto hacia dentro no sirvió de nada. Podría haber habido una persona justo ahí de pie, observándome, y no lo hubiera sabido. Este lugar me estaba empezando a alterar.

Debería haberme dado media vuelta y haberme ido, pero estaba en una fiesta. Quería ser despreocupada y normal y estúpida, no alguien que pega un bote con cada sombra. Así que me obligué a dejar mis miedos a un lado y abrí la puerta de un empujón.

Era el cuarto de baño después de todo. No había nadie dentro. Las luces no funcionaban ni tampoco el grifo, pero era un

lugar tranquilo. Saqué mi teléfono y abrí Instagram. Ir a su página nunca había sido buena idea, pero no podía evitarlo. Sabía que me perjudicaba, pero me bebía el veneno igualmente.

Cliqué en la foto en la que salía él con su mejor amigo vestidos con la equipación de fútbol. Mis ojos recorrían los mechones de su pelo, sus ojos de un ámbar oscuro casi cerrados de la alegría. Y los hoyuelos. Los hoyuelos de su amplia sonrisa eran un puñetazo directo al estómago. Debajo de la publicación había cientos de comentarios de sus amigos. Había leído cada uno de ellos, muchísimas veces. Si empezaba de nuevo en ese momento, podía pasarme horas leyéndolos.

Pero entonces escuché una voz. No se distinguía bien al principio, pero sonaba enfadada.

Claramente no era la única persona en la planta de arriba. Salí despacio del cuarto de baño y seguí la voz hasta la habitación de al lado. Me di cuenta de que en realidad había dos personas hablando en voz baja e insistente: una discusión.

La puerta se abrió de golpe y tuve el tiempo justo para apartarme cuando Bram Wilding salía furioso de la habitación, su tono claro de piel ahora era rojo. No se percató de mi presencia, pero cuando me volví, me di de bruces con Lux McCray. Nunca me los habían presentado en realidad, pero eran la realeza del instituto, el tipo de gente popular que no necesitas conocer en persona para saberlo todo sobre ellos. Lux and Bram era la pareja poderosa oficial del Manchester Prep.

El teléfono se deslizó de mi mano y rebotó en el suelo alfombrado del pasillo. Iluminó a Lux, la encontró, como siempre parecía hacer la luz con Lux, y resaltó los afilados ángulos de su rostro de tal forma que parecía la heroína de la cubierta de uno de los libros de V. C. Andrews. Sus ojos se abrieron como platos sorprendidos, pero después se entrecerraron.

—Pero ¿qué demonios? —exigió Lux—. ¿Nos estabas espiando?

—No...

—No sé qué crees haber oído...

—No he oído nada.

Me recorrió de arriba abajo con la mirada, desde mis zapatillas Zappos sin cordones hasta mi pelo castaño recogido en un moño despeinado. Entonces se detuvo en mi cara pecosa. Quizá Lux se estaba preguntando cómo era posible que tuviera tantas pecas y no hubiese encontrado ningún tutorial de belleza que me ayudara a ocultar algunas de ellas.

Yo la miraba a ella fijamente. Para Lux, mis pecas naturales probablemente le parecerían suciedad en comparación con sus pecas postizas. Podía distinguir que sus pecas eran falsas porque eran demasiado redondas, uniformemente pequeñas y estaban perfectamente espaciadas, de las que pintas cuidadosamente con un lápiz de cejas. Esquivaban el puente de su nariz esparciéndose por la parte superior de sus mejillas. Una hermosa constelación.

Me llegó el tufillo de su perfume: Miss Dior. El aroma preferido por las futuras esposas de políticos caídos en desgracia. Su piel de melocotón brillaba, suave y tonificada, bajo los tirantes de su camiseta sin mangas de Brandy Melville y su pelo era del color de la mantequilla batida. Era la típica rubia guapa que moría al principio de las películas de terror.

Pero entonces la mirada de Lux se desvió hasta mi móvil en el suelo. Lo cogió y miró la pantalla el tiempo suficiente como para ver no solo la publicación, sino también el nombre de usuario.

—Quizá deberías mirar por dónde vas en lugar de acechar a *Matthew Marshall*.

Una pesada bola de ansiedad me agujereó el pecho y amenazaba con expandirse por el resto de mi cuerpo. Así de rápido, así es como el miedo se apodera de mí a veces: un minuto podía estar bien y al siguiente empezaba a sentirme incómoda, nerviosa, con un hormigueo desagradable en los dedos de las manos y de los pies. Se suponía que Lux no debía conocer el nombre de Matthew. Nadie lo debía conocer. Traté de arrebatarme el

móvil y Lux pareció sorprendida y ofendida, como si fuera su teléfono. Me las arreglé para arrancárselo de las manos.

—Rarita —siseó, golpeándome con el hombro al pasar para desaparecer al final del oscuro pasillo.

Fue un recordatorio instantáneo de lo que no era: normal. Una rarita. Era obvio para todo el mundo, incluida Lux. *Sip*, la fiesta se había acabado oficialmente para mí.

Me dirigí al piso de abajo para encontrar a Saundra y que pudiéramos irnos de allí, pero la desconcertante oscuridad y el extraño encuentro con Lux me perseguían como un mantel que se me hubiera enganchado a la cinturilla del pantalón por accidente. Se suponía que nadie debía conocer el nombre de Matthew. Sabía que había sido una mala idea venir a esta fiesta. Lo sabía.

En mi cabeza se arremolinaban pensamientos mareantes y tenía la sensación de que bajaba las escaleras demasiado rápido y demasiado despacio al mismo tiempo. Me abrí paso entre la multitud a empujones, mi visión en forma de túnel se centraba en la puerta principal.

En un segundo estaba fuera, engullendo el refrescante aire nocturno. Necesitaba que mi mente se calmara, hacer literalmente cualquier cosa menos pensar en lo que acababa de pasar. Necesitaba hacer algo estúpido, imprudente.

Mis ojos se clavaron en la única persona que estaba fuera. Me acerqué a él y le di un toquecito en el hombro. En momentos como este, podía ser como el personaje de una película sobre cuerpos poseídos si lo necesitaba: perder todo el control y dejar que otra cosa tomara el mando. Apenas esperé a que se diera la vuelta, cerré el puño para agarrar su camisa y tiré de él para bajar su cara a la altura de la mía.

Odiaba la parte de mí misma que hacía estas cosas. La parte imprudente y equivocada.

Pero funcionó. Tan pronto como nuestros labios se tocaron, todos los pensamientos sobre Matthew Marshall y Lux y lo

asfixiante que había resultado esta casa se desvanecieron. Y en ese momento, no me importaba nada: podía atribuirlo a las travesuras típicas de una fiesta de instituto. Podía fingir que estaba borracha, que era una chica salvaje, al diablo con la moralidad. Estaba bastante segura de que esto es lo que los chicos normales hacían en las fiestas normales.

Pronto ya no pensaba en nada en absoluto y a medida que mis pensamientos se calmaban, mis sentidos tomaban el mando. Estaba el sonido de su respiración, fuerte cuando inspiraba a través de la nariz y luego suave cuando espiraba. Absorbí el aroma de su champú, olía como a bosque, a pino y lima. Y entonces incluso esos sentidos se fueron atenuando y me quedé solo con dos: solo quedaba el tacto y el sabor de sus labios.

Cuando ambos nos apartamos, sin aliento, por fin alcancé a ver a quién había estado besando.

Al verlo, en mi mente (en blanco y serena hacía tan solo un instante) retumbó un resignado *joder*.

—¿Rachel? —Saundra me llamó mientras salía al porche.

No podía decir si Bram Wilding estaba horrorizado o asqueado por lo que acababa de hacer, pero me concedió la cortesía de permanecer con expresión imperturbable. Estaba bien saberlo: Bram, *el-novio-de-Lux-a-quien-básicamente-acaba-de-asaltar-porque-era-una-rarita-de-comportamiento-criminalmente-inadecuado-tal-y-como-Lux-me-había-descrito*, era un chico atento. Se dio la vuelta y se alejó antes de que Saundra pudiera verlo.

—¿Quién era ese? —preguntó Saundra cuando llegó hasta mí.

—Nadie.

Levantó una ceja:

—Acabo de verte hablando con alguien.

—No era nadie, un fantasma.

—Es gracioso que digas eso —dijo Saundra juntando maliciosamente las puntas de los dedos—, ¡porque van a hacer una sesión de espiritismo!

2

Saundra me guio de vuelta a la casa, llevaba su brazo firmemente enganchado al mío para evitar cualquier intento de fuga.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —pregunté.

—Es una *sesión de espiritismo* —dijimos Saundra y yo al mismo tiempo, aunque nuestros tonos eran polos opuestos.

—¿Qué podría ir mal? —preguntó Saundra.

—Obviamente nunca has visto *La noche de los demonios*.

Saundra se detuvo y se giró para mirarme. Me puso las manos en los hombros con delicadeza y me miró muy seria.

—Rachel, nadie pillá tus referencias.

Suspiré. En eso tenía razón.

—Será divertido —dijo Saundra—. Y de todos modos, así es como dejas marca en el Manchester, es como llegas a conocer a los peces gordos —dejó caer las manos y me apretó el codo—. Así es como llegas a conocer a gente como tú.

¿Quién iba a decirme que todo lo que necesitaba para conocer a gente como yo era conjurar algunos espíritus? Ya había un grupo formando un círculo en el suelo del salón. A estas alturas, la fiesta había bajado el volumen del todo y solo quedábamos allí unas quince personas. Desgraciadamente,

una de esas personas era Lux. Mi estómago se hizo un nudo cuando me lanzó una mirada de odio. Ya me tenía en la lista negra..., recé para que nunca se enterara de que acababa de besar a su novio.

Alguien había apagado las luces de obra, así que la única claridad que había venía del centro del círculo, donde un chico estaba encendiendo velas muy gruesas que estaban colocadas en el suelo. Cuando el ambiente era suficientemente inquietante a la luz tintineante de las velas y todo el mundo estaba debidamente sentado, el chico se puso de pie.

—Mi padre es el dueño de este sitio así que mejor que esta sesión de espiritismo no deje esto hecho un desastre.

—Rodrigo, tu padre compró este lugar para poder demolerlo y construir apartamentos de lujo —le recordó alguien—. ¡Armemos un buen lío!

Hubo algunas risas, pero yo debía de haberme perdido el chiste. Una chica levantó la mano. Tenía un aspecto diferente sin el uniforme del instituto, pero la reconocí al instante porque siempre levantaba la mano con total convicción en Geología. Tal y como lo estaba haciendo ahora.

—¿Qué tipo de sesión va a ser esta?

—Una sesión de regresión a vidas pasadas —sugirió Thayer Turner. Su padre era el fiscal general del estado y, como me había informado Saundra, los Turners eran los siguientes Obamas: admirados, queridos, perfectos en todo. Incluso ahora, en esta fiesta, Thayer iba impecablemente vestido con un *blazer* morado que le quedaba genial en contraste con su piel marrón oscuro.

—¿Qué es una sesión de regresión a la vida pasada? —preguntó Levanto-la-mano-siempre.

—Es cuando te miras en un espejo y ves cómo fue tu vida pasada —dije.

Thayer se giró para mirarme. De hecho, todo el mundo se giró para mirarme. Probablemente era la frase más larga que

cualquiera de ellos me había escuchado decir desde que me infiltré en su instituto. Hablaba en broma cuando mencioné la sesión de espiritismo de *La noche de los demonios*, pero mientras miraba sus caras iluminadas de forma macabra, empezaba a parecerme más una predicción.

—Sííí —dijo lentamente Thayer mientras se tomaba un segundo más de lo habitual para analizarme—, Chica Nueva tiene razón. Por suerte, ¡he visto un espejo en el armario de la entrada!

—¿Qué estabas haciendo en el armario? —le dijo alguien. Le lancé una mirada asesina al tipo. Su tono de voz era como una especie de llantina burlona que a Thayer no le había pasado desapercibido. Se cuadró de hombros cuando se dirigía a la entrada.

—Ja, ja, muy divertido, Devon —le contestó.

Cuando Thayer volvió al salón, traía un espejo de cuerpo entero. Lo apoyó contra la chimenea. Estaba un poco turbio por el deterioro de los años y todo el mundo se colocó alrededor para poder verse mejor en el reflejo.

—Puede que tarde un poco —dijo Thayer—, tenéis que concentraros.

Si esto se pareciera en algo a la película, un demonio huesudo aparecía de un momento a otro. Pero tan solo había un grupo de adolescentes aburridos inclinando la cabeza para presumir de su mejor perfil.

Por supuesto ya sabía que no iba a haber ningún demonio apareciendo de repente ante nosotros o que íbamos a llegar a ver nuestras vidas pasadas, pero, aun así, empezaba a notar esa sensación de hormigueo tan familiar en la nuca. No creía en las vidas pasadas, pero yo tenía un pasado. ¿Y si me miraba en este espejo y todo el mundo era capaz de ver quién era yo en realidad?

—No está pasando nada —se quejó Levanto-la-mano-siempre.

—Bueno, supongo que tú no tienes una vida pasada —dijo Thayer.

—Para acompañar tu vida amorosa inexistente —dijo con una risilla Devon, el gilipollas. La gente volvió a reírse y yo empecé a preguntarme si al final no estaba viendo a un puñado de demonios reflejados en el espejo después de todo.

—Calmaos, niños —dijo Thayer—. ¿Por qué no nos olvidamos del tema de las vidas pasadas e intentamos comunicarnos con espíritus *reales*?

—¿Como los de nuestros tatarabuelos? —dijo alguien.

—Como los de la gente que vivió en esta casa —dijo Thayer.

—Pensaba que estaba abandonada —dijo Devon.

—Bueno, alguien tuvo que vivir primero aquí para luego abandonarla, listillo. —Thayer se inclinó hacia delante. Fue un movimiento sutil, pero consiguió que todo el mundo se callara y se inclinara hacia delante también—. Había una pareja viviendo aquí, Frank y Greta, los típicos hípsteres... y estoy hablando de queso de anacardos vegano y un estilo horrible. Todo iba bien en la Villa Hípster hasta que un día Greta empezó a escuchar un zumbido.

—¿Un zumbido? —preguntó alguien.

—Como cuando una mosca te zumba en el oído —dijo Thayer—. Al principio, era de vez en cuando, como si un bicho hubiese entrado quizá por la ventana de la cocina y no pudiera salir. Pero después era algo más constante. Insistente. Greta se dio cuenta de que el zumbido era más fuerte siempre que Frank estaba en casa. Cada vez que estaban juntos, ella oía el zumbido. Le preguntó si hacía ese ruido a propósito. Frank dijo que él no escuchaba nada, pero Greta siguió escuchando el zumbido y al final no pudo soportarlo más. Se vino abajo y le rogó que por favor dejara de hacer aquel ruido y Frank le dijo, mirándola fijamente a los ojos, que no sabía de qué estaba hablando.

»Pero Greta no confiaba en él. El zumbido era demasiado fuerte, no se podía creer que él no pudiera escucharlo. Y a medida que Greta empezó a obsesionarse con ello, ya no solo pen-

saba que él mentía sobre el zumbido, comenzó a creer que *él* era el zumbido. Se convenció de que Frank llevaba puesto un traje de piel y que, debajo de él, era un millón de moscas pululando y zumbando y que iban a ir a por ella.

Algunas personas (Devon) soltaron un bufido, pero aun así seguían escuchando, esperando a que Thayer continuara con la historia. Me incliné, yo también quería que continuara.

»Frank intentó razonar con Greta, por supuesto, pero ella no podía soportar estar cerca de él, con todo ese zumbido. Algunas mañanas, mientras Frank comía los cereales, ella veía una mosca trepando por el lóbulo de su oreja mientras él permanecía impasible. Por las noches no podía dormir porque Frank dormía con la boca abierta y cada vez que Greta cerraba los ojos, se imaginaba a las moscas saliéndole de ella.

Thayer abrió la boca dejando caer la mandíbula y estirándola todo lo que pudiera dar de sí. Ningún enjambre de moscas salió de ella, por supuesto, pero él mantuvo la postura bajando la vista para mirarnos a todos fijamente. Pude notar cómo Sandra se revolvía a mi lado. Cuando cerró la boca de golpe con un clic, unos cuantos nos sobresaltamos.

—Greta no lo podía soportar más —continuó—. Un día cogió un cuchillo de carnicero y se lo clavó a Frank en el cuello.

Sandra ahogó un grito dramáticamente.

—Estaba intentando liberar a las moscas, pero acabó matando a Frank. Y cuando Greta vio que no había moscas, se mató a continuación. La parte más aterradora de todo esto es que Frank y Greta eran —Thayer agrandó los ojos y bajó la voz hasta convertirla en un susurro— republicanos registrados.

Solté una risita, pero nadie más pareció encontrarlo gracioso.

—Vale, eso era broma, pero ¡el resto es totalmente cierto! —Thayer continuó—. Pasó una semana antes de que encontrarán los cuerpos. Los vecinos oían un zumbido a todas horas del día y se iba haciendo más y más fuerte. Alguien finalmente llamó a la policía y cuando tiraron la puerta abajo, ¿adivináis

qué encontraron? —una pausa dramática—. Moscas. Cientos de miles de moscas revoloteando por toda la casa... y por encima de los cuerpos.

—Te lo estás inventando —dijo una chica, pero junto a ella, un tío se dio un manotazo en el cuello y se estremeció.

—¿Y entonces qué?, ¿vamos a intentar, en plan, hablar con las personas que murieron aquí? —preguntó Lux—. ¿No necesitaríamos una tabla de ouija o algo así?

Otra chica, Sienna *Algo*, se aclaró la garganta.

—He participado en sesiones de espiritismo antes, sé lo que hay que hacer. —Hizo el numerito de sentarse más tiesa que un palo y tomar las manos de las personas que tenía a ambos lados.

No sabía si debía estar impresionada o angustiada porque ¿sesiones?, ¿en plural? Pero no tuve tiempo para detenerme en ese pensamiento porque la chica que estaba a mi lado me agarró la mano.

—Adelante, entonces —la aduló Thayer divertido—. ¿Qué hacemos a continuación?

—Tenemos que concentrarnos en no pensar en nada, pero también en abrir nuestras mentes y nuestras almas a todas las posibilidades que el universo nos presenta —dijo Sienna como si fuera un gurú del bienestar de YouTube. Levantó la barbilla hacia la lámpara de araña rota del techo y respiró hondo—. Greta, nos acercamos a ti con amor y preocupación en nuestros corazones. Tu muerte fue prematura y, como, totalmente brutal y eso, y eso es una mierda. Y somos conscientes de que tuviste ese pequeño problema de que mataste a Frank o lo que sea, pero también creo en darle a las mujeres el beneficio de la duda y yo sé que él probablemente estaba haciendo ese zumbido por lo bajo todo el día para fastidiarte. Estamos aquí por ti y te queremos. Si puedes oírnos, envíanos una señal.

Mi mente y mi alma estaban abiertas y todo eso, pero una profunda arruga se me dibujó entre las cejas. Lo único que sa-

bía sobre Greta era que se trataba de una persona cien por cien inventada en una historia cien por cien inventada. Pero parecía ser la única que discrepaba con respecto a esto.

A mi alrededor, todo el mundo cerró los ojos. Los únicos sonidos en la sala era la silenciosa tensión de un montón de personas intentando permanecer quietos o contener la respiración. Definitivamente ninguna señal de Greta. Y aun así esperamos lo que pareció una eternidad. Me planteé escabullirme, pero no quería ser la que rompiese el encantamiento. Estaba bastante segura de que no era eso a lo que se refería Sandra con lo de encontrar gente como yo. Pero afortunadamente, no tuve que hacer nada porque alguien habló por todos nosotros.

—Vale, esto es obviamente...

Un golpe sordo en el techo lo interrumpió y unas cuantas cabezas se levantaron hacia el ruido. Sonó lo suficientemente alto y fuerte como para que los cristalitos de la lámpara de araña entrechocaran como si estuviera colgada en un porche envolvente de Carolina del Norte en un día de brisa en lugar de una casa abandonada en Williamsburg.

—¿Hay alguien arriba? —siseó alguien.

—Es Gretaaaa —dijo Thayer con voz aterradora.

—¿Greta, eres tú? —preguntó Sienna—. Da un golpe si es sí y dos si es no.

De nuevo, todo el mundo permaneció a la espera, escuchando atentamente por si se producían nuevos sonidos. Pasado un instante, otro golpe sordo.

—Greta —dijo Sienna—, ¿estás bien?

Otro rato, otro golpe sordo. Y entonces, justo a tiempo de que la sonrisa de Sienna se apagara, otro sonido. Dos golpes.

—No está bien —susurró Sandra.

Se produjo otro momento de agitado silencio así como miradas de soslayo los unos a los otros para ver quién estaba asustado y quién se lo estaba creyendo.

—Greta, ¿cómo podemos ayudarte? —preguntó Sienna.

—Eso no es una pregunta de sí o no. ¿Cómo se supone que nos va a responder? —dijo Lux poniendo los ojos en blanco.

Entonces se escuchó otro ruido que venía de arriba. No era un golpe, sino más bien como un estruendo, parecía una bola de bolos que hubieran lanzado rodando por el suelo. Empezó a caer polvo del gotelé del techo. A continuación empezaron a pasar otras cosas, todas a la vez. Ahora ya no era solo el techo, también en las paredes se oían ruidos, golpes, como si la casa estuviese cobrando vida. Las velas se apagaron y escuché algo que se rompía con estrépito: el espejo se había caído y los trozos nos salpicaron.

La gente empezó a gritar, lo suficientemente alto como para igualarse a la creciente cacofonía de la casa en ruinas. El chillido de Saundra fue más estridente que ningún otro y, de repente, tiró de mi mano para levantarme tan deprisa que mis pies resbalaron mientras luchaba para ponerme de pie. El jaleo de la gente corriendo de un lado a otro en la oscuridad se mezclaba con el atronador estrépito que seguía escuchándose en el techo y las paredes. Y entonces el ruido se transformó en otra cosa diferente.

Algo mucho más cercano.

Un enjambre.

Un zumbido.

Como si cientos de miles de moscas nos estuvieran revoloteando encima.

La gente empezó a chillar de verdad entonces, una persona en particular...

—¡Quitádmelas de encima! —gritaba—. ¡Quitádmelas de encima!

El potente fluorescente de las luces de obra parpadeó hasta volver a encenderse e iluminó una habitación completamente transformada: había gente haciendo cuello de botella en la puerta, gritando desesperada por salir de allí. Pero todos mirá-

bamos principalmente a Lux, que estaba viviendo un auténtico ataque de pánico. Estaba tirándose salvajemente de su precioso pelo rubio, llorando histérica para que alguien la ayudara a quitar las moscas de su pelo.

Pero no había ninguna mosca. Con la luz llegó la calma y por el rabillo del ojo vi a la única otra persona a la que no le estaba dando un ataque. Ni un solo mechón de su pelo rizado estaba fuera de lugar. Sus gafas de pasta gruesa no estaban torcidas. Lo observé mientras apagaba un altavoz portátil y se lo guardaba en el bolsillo de su pantalón. Y así sin más, el zumbido cesó.

Cerré la boca de golpe. Intenté que no se me escapara: el resto de la gente en la habitación soltaba palabrotas mientras recuperaba el aliento, pero otra cosa bullía en mi interior. Al final, tuve que dejarlo salir.

Empecé a reír. Mucho, me reía tan alto que la gente no tardó en girarse para mirarme como si yo fuera la cosa más rara del mundo en una casa abandonada y supuestamente encantada.

Los ojos de Lux se quedaron fijos en mí. Respiraba muy deprisa, las manos llenas de mechones rubios, como si fueran ramos marchitos. Por un momento pensé que se había arrancado su propio pelo, pero después reparé en los clips que había en los extremos, eran extensiones.

—¡Tú me has hecho esto! —Lux me señaló con el dedo como si yo hubiera sido la que le arrancara el pelo hasta dejarla calva.

Sacudí la cabeza y aunque estaba intentando permanecer seria, se me seguían escapando algunas risillas.

—¡Esta estúpida broma ha sido cosa tuya!

Miré a mi alrededor tratando de localizar al tío con el altavoz portátil, pero no se había quedado a ver cómo Lux me echaba la bronca. Todos los demás en cambio no nos quitaban los ojos de encima.

Un sonido furioso y gutural surgió de la garganta de Lux al tiempo que lanzaba sus extensiones al suelo.

—Ríete ahora porque estás *a-ca-ba-da* en este instituto.

Y tras decir esto salió a grandes zancadas de la casa.

Ya había parado de reír para entonces. Cuando me volví hacia Sandra, su expresión congelada. Esperé a que dijera algo, algo como todas las cosas alentadoras que me había contado cuando dijo que esta fiesta iba a ser «una diversión total» y que encontraría a «gente como yo». Pero todo lo que dijo fue:

—Esto no es bueno.